

CRÓNICA *de la parroquia*

CANGAHUA



Cronistas de la parroquia:

Anahí Fernández, Angélica Quilumbaquin, Darwin Churaco, Diana Tugulinago, Edwin Cholango, Elisa Chiquimba, Enma Aules, Flavio Guaras, Jefferson Cholango, Lizbeth Cholango, Lizeth Tugulinago, Maycol Iguamba, Oscar Cholango, Pamela Tipanluisa, Rocio Quilumbaquin, Rosa Quimbiulco, Ruben Cholango, Ruben Farinango, Tamia Quilumbaquin, Tania Pacheco, Widinson Tugulinago.

Equipo gestor:

Juan Carlos Cabezas y Pablo Salgado.

Noviembre de 2022

RESUMEN

En esta crónica se registra la importancia de las leyendas y los juegos tradicionales —en los que intervienen jóvenes y adultos— para la construcción de la memoria comunitaria. Se utiliza como ejemplo el juego de “El Conejo”, que se practica en los velorios. Este hito ha sido sostenido en el tiempo gracias al rol fundamental de las mujeres de la comunidad indígena.

Palabras clave: juegos tradicionales, tradiciones, el conejo, mujeres, leyendas.

Las mujeres de Cangahua: guardianas del juego eterno

La pelota parece un conejo escapando de un grupo de cazadores. Despide rocío cuando pasa sobre montículos de tierra y piscinas de fango que dejó el aguacero reciente. El balón, gris y maltratado, se eleva sobre la maciza cangahua hasta aterrizar a un costado del pie de una jugadora, que, de un patadón, la ubica en un ángulo superior ante los esfuerzos de la arquera.

Este verdadero golazo no lo transmitieron cadenas internacionales, tampoco fue gritado por multitudes; sin embargo, el Mundial que se disputa en la unidad educativa Manuel Aguilar en Santa Rosa de Paccha reviste la misma importancia que el de Qatar.

A más de 3500 metros sobre el nivel del mar, hombres y mujeres indígenas defienden sus colores con altura y espíritu deportivo. Estamos cerca de las cumbres y el aire escasea al punto de que los vencedores podrían reclamar de trofeo un pedacito de este cielo azulísimo, que está al alcance de la mano.

“Los equipos que disputan la copa están integrados por estudiantes hombres y mujeres. De esa forma aprenden a trabajar colectivamente, a dosificar fuerzas y a controlar el vocabulario. Nos han invitado a torneos intercomunitarios, donde siempre terminamos entre los primeros” dice Raúl Farinango, al borde de la cancha.

Jugadora de fútbol



Fundación Prospecta. Jugadora de fútbol de la Comunidad Paccha, Cangahua, Cayambe, Ecuador, 2022

Gracias al respaldo de las autoridades del plantel, este profesor de Educación Física organizó este mundial paralelo que se juega durante noviembre y diciembre de 2022, a la par de las actividades en Qatar, país donde las mujeres podrían recibir más de 300 azotes en la plaza si se atrevieran a practicar este deporte.

En Cangahua, ellas se ganaron a pulso su lugar en la cancha. Practicaron disciplinadamente el dominio del balón y ahora son indispensables en cualquier ubicación en la cancha. Las estudiantes de la Unidad Educativa Manuel Aguilar conocen los secretos del juego: al momento de armar un once titular son las primeras en levantar la mano y ubicarse en su posición.

Como en casi todo el planeta aquí, el fútbol es indiscutido rey. Desde que se toma el desvío de la Panamericana y se asciende por el ramal de piedra y tierra que lleva a la parroquia, se observan los gigantescos rectángulos de cal con los solitarios y solemnes arcos en los extremos y en el centro, niños y niñas corriendo como el viento de páramo, tras una pelota.

La escena interrumpe la secuencia de parcelas abonadas y de invernaderos necesarios para las rosas de exportación, que se han tomado las laderas con sus impermeables de plástico que apenas dejan atravesar la luz.

¿Quién sabe si algún día aparte de las rosas finas y de largos tallos, Cangahua exporte una jugadora de esta comunidad a un equipo de primera categoría de Europa o Asia?

En Paccha, sin embargo, el fútbol debe compartir su trono con otras actividades igual de importantes, como los juegos tradicionales que siguen vigentes: canicas, trompos, planchas y el juego de la llanta, entre otros.

Estas actividades marcan los años iniciales de quienes habitan la zona. Rememoran un juego llamado “El Conejo” que se practica durante los velorios. Un jugador o jugadora anuda una chalina y la esconde entre quienes se han sentado en un círculo, mientras se pasan “ese tesoro” de mano en mano. Alguien debe hacer de “perro” para abalanzarse ferozmente sobre el regazo de los participantes como una fiera hambrienta. Si logra encontrar “el conejo” debe integrarse al círculo de participantes, para que siga el juego, en esas noches oscuras atravesadas por el dolor.

Los amigos de la familia acuden para aliviar las penas. Divertimentos como “el conejo” cumplen con ese objetivo;



para lograrlo, es necesario jugar con intensidad, con violencia inclusive, para vencer a la congoja que roe desde el interior.

Es una práctica que difiere de los ritos urbanos en los que los acompañantes se despiden de la familia en la madrugada y se marchan dejando tras de sí una ausencia que hace aún más profundo el foso de la pena.

Acá se brinda. Acá se baila.

La muerte tiene decenas de rostros, uno de ellos, quizás desconocido, es una faz alegre en medio de la tragedia. Hay que recordar que el viajero de la eternidad ha partido, sin embargo, desde algún lugar observa a los suyos y no le gusta verlos derramar tantas lágrimas.

La alegría se aloja en la casona celestial de la muerte y desde lo alto saluda convencida. Por eso en Cangahua suenan la flauta, la dulzaina, el rondín y el rondador en cualquier momento. Estamos en una minga: hombres y mujeres trabajan en los bordillos de un camino secundario; más arriba, otro grupo integrado por comuneras despeja una acequia al pie de la escuela.

Minga



Fundación Prospecta. Minga en camino de entrada a la comunidad Paccha, Cangahua, Cayambe, Ecuador, 2022

El trabajo se cumple silenciosamente. Para un observador externo se trata de un asunto ritual, casi un hábito. En un receso para comer, alguien saca el rondín de entre sus ropas y, desde ese momento, la jornada se aliviana, los fardos se alivianan y los pies corren ligeros.

En las fiestas de esta comunidad, bautizada en honor a la madre del Inca Atahualpa, se produce ese milagro de levedad en medio del cansancio. Tanto en el Inti Raymi como en los San Pedro, la comunidad se entrega a bailes y coplas. Aruchicos y chinucas toman el rol protagónico con sus guitarras de las que salen despedidos San Juanitos y Aires Típicos. Ya aparece la rama de gallos, ya sirven la chicha en tutumas, ya se arma el jolgorio presidido por diablo humas y payasos.

A la hora del almuerzo, servirán las más deliciosas papas con cuy, habas con cáscara, papas y pedazos de carne, acompañadas de colada de máchica. En algunas casas se prepara el uchujacu y se lo comparte con familia y vecinos que han llegado en gran número.

La parroquia durante los festejos le disputa colorido al propio sol y hay razones para estar orgullosos en medio de una cultura que ha resistido la dominación y este actual espíritu individualista que rechaza las aspiraciones colectivas en aras de la rentabilidad: la minga y la fiesta son dos ejemplos de resistencia.

Hay nuevas razones para sonreír: las estudiantes del Colegio Manuel Aguilar, por ejemplo, no solo conocen su tradición, sino que la respetan a profundidad. Practican de sobra su legado y hablan de platos tradicionales como de vestimentas festivas para el Inti Raymi. Enumeran, apenas escuchan el interés de sus interlocutores, elementos diversos: anacos, alpargatas, blusas y gargantillas. Se sienten tan en ambiente que hasta improvisan una copla:

*“Las estrellas en el cielo
iluminan de dos en dos,
así caminan mis ojos, negrito
para verte a vos”.*

También repasan algunas leyendas de la parroquia.

Lizbeth Cholango, de 16 años, cuenta sobre “el mal aire”, una dolencia que afecta a las personas que pasan por las partes altas del monte. *“Si alguien tiene el mal aire hay que darle de tomar hierbas medicinales: Santa María, Ortiga, Marco y Ruda, solo así les pasará el dolor de barriga y de cabeza y se terminarán mareos y vómitos”.*

En algunos casos más graves, “el mal aire” se prenda del aura de las personas y sólo es posible curarla haciéndose una limpia con cuy. Por eso es importante pedir permiso para atravesar algunos lugares.

Las madres conocen que algo así puede ocurrir con los recién nacidos. De ahí que a los infantes los frotan con las correas calientes del yugo del arado en la espalda, con la intención de que el pequeño camine rápidamente.

De esta forma, la naturaleza lo reconocerá como uno más y cuando pase por senderos y quebradas, “el mal aire” se quedará flotando. Se trata de una especie de bautizo ancestral que le da la bienvenida a este mundo de elevaciones que se hermanan con las nubes.

Enseguida hablan del duende: *“alguna vez, un hombre malo que agredía a su pareja, se topó con el duende, este duende lo enfrentó por sus acciones y finalmente lo venció en una pelea, dicen que el hombre recibió tal lección, que desde ese momento, cambió totalmente su forma de vida”.*

Dicen las estudiantes que el duende es pequeño y avanza a una velocidad indescriptible... que apenas se escucha cuando agita las chilcas. Los que lo han visto afirman que su rostro es horrible; otros, que tiene patas de cabra. Lo único cierto es que si aparece uno, hay que rezar un Ave María.

Confieso que nunca he visto nada sobrenatural y me

señalan la cumbre al pie del poblado: “¿no ha visto los ojos de piedra?”, me dice una estudiante estirando el índice hacia “el cerro de hierbas medicinales” o Hampi Machi. Con algo de duda levanto la mirada a la montaña al pie de la comunidad, y lo cierto es que quien acaba de abrir los ojos soy yo: por fin he despertado.

En lo alto, prácticamente frente a mí, están unos ojos serenos y milenarios que no solo me observan, sino que vigilan a todos. Es casi una bienvenida a este lugar, un acercamiento a una realidad distinta. Aquí somos contemplados por la naturaleza y por eso hay que rendirle homenaje. Por eso se construyó el altar de la virgen de Paccha, en la periferia de los ojos del Hampi Machi. Desde lo alto, la madre de Dios extiende su manto divino, con un rosario en la mano y en la otra su palma abierta para ayudar a los viajeros.

Los fieles que acuden hasta allí deben ir con el alma limpia para pedir su bendición. Algunos llevan cirios como ofrendas y dejan encendidas las veladoras entre la niebla, otros llevan animales de ofrenda, inclusive hay quienes dejan un poco de dinero.

Los creyentes se sientan en lo alto, juntan las manos y hacen una oración. Es una prueba de fe. El altar juega a las escondidas con quienes lo visitan: sin fe, la Virgen se esconde entre la niebla, bien puede estar al frente pero no se la ve. En cambio, los creyentes piadosos dan finalmente con el lugar y viven una experiencia espiritual profunda al entrar en contacto con la madre de Dios.

Aquí, en Cangahua, la cultura ofrece una lección de resistencia difícil de olvidar. Cerca se encuentra el pucará de Quitoloma y los vestigios de Pambamarca, donde los antiguos Cayambis organizaron su resistencia. Hoy son los hijos e hijas de esta tierra quienes cuidan de sus tradiciones milenarias: intactas a través de las eras.

Cronistas Participantes

Anahí Fernández: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Angélica Quilumbaquin: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Darwin Churaco: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Diana Tugulinago: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Edwin Cholango: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Elisa Chiquimba: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Enma Aules: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Flavio Guaras: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Jefferson Cholango: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Lizbeth Cholango: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Lizeth Tugulinago: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Maycol Iguamba: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Oscar Cholango: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Pamela Tipanluisa: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Rocio Quilumbaquin: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Rosa Quimbiulco: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Ruben Cholango: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Ruben Farinango: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Tamia Quilumbaquin: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Tania Pacheco: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Widinson Tugulinago: Estudiante de bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar

Referencias

La crónica y el ensayo fueron contruidos en base a la información desarrollada en las jornadas de los talleres. Con el relato de los estudiantes y madres de familia sobre los puntos más importantes de su identidad cultural.

Farinango, Rubén (Entrenador de fútbol en Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Manuel Aguilar). Entrevista realizada el 16 de noviembre de 2022.

